

ÚLTIMO COMENTARIO

Si tuviese que definir en una sola frase qué significa históricamente la última obra de mi amigo Antonio García Trevijano, *Pasiones de Servidumbre*, que he intentado glosar, desde distintos puntos de vista, en tres entregas de intercolumnio areóstilo, diría que es la descripción fisiológica de la glándula pineal del actual régimen político español. Sus páginas nos ponen en contacto con los espíritus (humores) partidistas que llegan al poder político; son el centro de una clara «dependencia inhaesiva», por seguir con la alegoría cartesiana. Nuestro autor y líder de Otras Razones parece haber conseguido encapsular en este libro el «génie malin» de la Transición, causante de tantos actos criminales y desolación moral. Si bien ya claramente desde Montesquieu la filosofía política había vinculado las pasiones a las naturalezas de los distintos sistemas de gobierno, se hacía necesario ahora fijar los contenidos conceptuales de aquellas pasiones ya estudiadas y otras nuevas que la evolución social y el desarrollo de las fuerzas de producción habían hecho aflorar. Pues si el contenido conceptual de las pasiones en la época de Descartes y de Montesquieu era prácticamente monosémico e indiscutido, el vocabulario pasional del mundo actual, en virtud de las interesadas connotaciones epocales, históricas y políticas, estaba extremadamente borroso, y se hacía inevitable una redefinición de las pasiones que las volviera a vincular con su sistema de gobierno propio.

Muy pocos hombres he conocido con el amor (o pasión) a la libertad que tiene García Trevijano, a quien su causa lo domina por completo. No más de cinco o seis. Son hombres que a su vez apasionan a los amigos de la libertad haciéndose cristalinos. En realidad, es la propia libertad quien hace reconocerse a sus amigos en una misteriosa anagnórisis. Y también es la propia libertad quien hace a sus devotos absolutamente incomprensibles a las almas ápteras y tullidas de los esclavos y los servidores del poder. Como dice el propio Trevijano: «¿Qué pintor dialogaría sobre colores con un ciego? ¿Qué ave del paraíso sería más atraída por el canto lejano de la libertad que por el aleteo de su corto vuelo sobre el parvo jardín donde su plumaje deslumbra?» (pág. 271). No hay nada más hermoso ni más humano que ser libre. Sólo el hombre libre puede despreciar la dureza de la vida a la que le someten los bellascos esbirros del poder. Cuando me encuentro con Trevijano (o con García Calvo, o con Joaquín Navarro) recuerdo siempre aquellas palabras de Cicerón: «¿Qué es, pues, la libertad? La facultad de vivir como se quiera. ¿Y quién es el que vive como quiere sino el que vive bien? El que se complace en su obligación, el que ha estimado y resuelto una forma de vivir, el que obedece a las leyes, no por miedo, sino porque las acata voluntariamente, aquel que nada dice, nada hace y, finalmente, nada piensa, a no ser por gusto y libremente; todos los consejos del cual y todos los asuntos que lleva a cabo salen de él mismo y a él se refieren, y tampoco existe ninguna cosa que pueda más para él que su propia voluntad y su propio juicio. Aquel a quien la misma Fortuna, que tanta fuerza se dice que tiene, cede; como dijo el sabio poe-



ta: «Cada uno se hace su fortuna por sus costumbres». Pues sólo al hombre libre sucede el no hacer cosa alguna contra su voluntad, nada por dolor, nada por fuerza» (Paradojas, 5, 33-34).

Si un día las Musas que se solazan a las faldas del monte Pierro quisiesen prohiar amorosamente un Stendhal español que reflejase en su Rojo y Negro los caracteres principales que han circulado por la Transición española, este gran escritor debería sin duda penetrar en el interior de las páginas de Pasiones de Servidumbre para sacar el barro con el que modelar con verosimilitud psicológica y rigor histórico las figuras de la Transición que vayan a transitar por sus narraciones. De hecho, cuando leía el libro estaba «viendo» una larga galería de personajes de rostros conocidos, y de ademanes y discursos aún más conocidos. Personajes que iban y venían siguiendo direcciones ininteligibles, aparentemente sin ningún sentido, pero que algún designio oculto deben de tener. «Estudad las costumbres tanto de los siglos como de los países: los ambientes hacen con frecuencia los distintos humores» (Boileau).

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

ENCIERROS DE INMIGRANTES

Me llaman desde diferentes lugares, iglesias fundamentalmente, inmigrantes que se encierran como protesta a su situación en España. Huelgas de hambre. Noches de insomnio. Esperando



tal vez el desalojo llevado a cabo por la policía. Tal vez la expulsión de nuestro país.

Me llaman pidiendo les acompañe, me solidarice con ellos. ¿Sirve de algo una presencia, unas palabras de apoyo? Cada llamada es un aldabonazo a mi conciencia, a mi propia condición de vida. Cada llamada es también un redoble por la memoria histórica. Tiempos de Franco, cuando nosotros mismos nos encerrábamos en iglesias, otros lugares. Protestas que acababan a veces en detenciones. El miedo, la represión, la injusticia, siguen cabalgando sobre los pueblos y tierras de España. Y nosotros mudos. Y nosotros egoístas. Y los más, que pasan más que nosotros, ciegos. Vendrán más ciegos hasta que quizá todos caminemos unidos del brazo en idéntica ceguera. Aquí no es ya la libertad de expresión la amenazada. Aquí es la vida de miles y miles de seres humanos la que no tiene valor alguno.

Aquí la palabra la tiene Jesús Gil. Como el poder es de los Martín Villa de turno. Y León Felipe continúa en el exilio. Aquí ellos, los inmigrantes que se encierran, no son nada, ni seres humanos siquiera. Sirven en ocasiones para enriquecer a los ricos. Si no son pasto de los tiburones del mar, acaban en las fauces de los otros tiburones, quienes controlan empresas, leyes, poder. ¡Ah, este lenguaje que todavía habla de ricos y pobres, de hospitales de lujo y de miserables que agonizan en la calle, de casas de diseño que aparecen en los suplementos de los periódicos dominicales y de chabolas, y de... ah!, este lenguaje que los pensadores y escritores exquisitos—cadáveres exquisitos— quieren hacer desaparecer, les molesta se siga escribiendo de temas ya superados, lo moderno nada tiene que ver con las pesadas moscas machadianas. Tendremos que pedir excusas los escritores que todavía osamos decir existen clases sociales, e imperios genocidas, e injusticias de toda índole...

Me llaman gentes venidas de Ecuador, de Marruecos, de Rumanía, de decenas de países del Mundo. Ya cayó el muro de Berlín. Ya se reúnen los burgueses de los países desarrollados para hablar de la Globalización. Mientras ellos se encierran en las Iglesias. Tienen humor y vida todavía para manifestarse con canciones y bailes por las calles de las ciudades. Mientras diez nuevos compañeros se ahogan en las gélidas aguas del Estrecho y otros corren a la desesperada en busca de quien les explote. «Con los pobres de la Tierra quiero yo mi suerte echar», escribió José Martí. Pero ésa es ya letra de canción. Y el hombre de estatuas y libros para que sobre ellos teoricen los cadáveres exquisitos. ¡Quién tuviera veinte años para echar a correr su vida con los pobres de la Tierra!

Y ellos me piden solidaridad. Y yo se la envío, y la publico en estas páginas que hablan de otras razones. Y les vengo a decir que una vez más el fantasma del fascismo y la deshumanización recorre las tierras de Europa. Y que una vez más se calla y no se combate, cuando no se es cómplice de esa situación. Que la inmigración no es un problema, sino el resultado de una salvaje explotación sobre los seres humanos, sobre Continentes esquilados por la voracidad de los Imperios, los de ayer, los de hoy, los económicos que son los que imponen los políticos. Y que quienes no se rebelan contra leyes y realidades discriminatorias son tan culpables como los que las dictan. Que no luchar por los derechos de los inmigrantes, su reconocimiento como seres humanos y no su tratamiento como simple mercancía, es ser cómplices de la explotación, del genocidio que ya se comete con ellos: cadáveres de hoy, de ayer, en mares, en transportes, en muertes provocadas aquí, en África, desde hace tiempo...

Palabras. ¿Ha de quedar todo en palabras? Me pregunto, ¿cómo organizar, participar en la acción que se imponga a las palabras?

Andrés SOREL

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

COLOMBIA A BORBOTONES

Colombia es, como bien se sabe, un país que busca la paz. Que escribe sus sueños en largos renglones de anhelo y otras soledades. Colombia es, también, una tierra que huele a piña, a níspero, a guanábana y limón y jazmín recién cortado. Un pueblo, crecido en el ensueño hispánico, donde es la realidad igual a la ilusión. Durante algo más de cinco años fui el delegado de la Agencia Efe en Bogotá. Allí sufrí el asalto de los insurgentes, fui rehén de los guerrilleros del M-19 y barrunté muy de cerca la muerte. En pocos sitios me he sentido tan amado como en Colombia,

siempre en el corazón. Como al maestro Carranza, «si me abrieran las venas, Colombia saltaría a borbotones». Por eso al ver hoy a los alzados en armas junto al presidente Pastrana, me digo una vez más: si quieres la paz, defiende la justicia. No habrá, mientras persista el desigual reparto de bienes y oportunidades, paz para Colombia, sino combates a muerte, por muchos abrazos que se den el astuto «Tirofijo» y mi buen amigo Andrés Pastrana.



Jesús FONSECA

